



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 12638

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

JUEVES 26 DE ENERO DE 1905

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 81.

Aunque no se pedía...

El gobierno ruso ha dirigido una circular á los representantes extranjeros acreditados en San Petersburgo explicando los sucesos ocurridos en aquella ciudad el domingo pasado.

El asunto merecía explicarse. Sin embargo, es tan gordo lo que allí ha pasado; y entraña tal ferocidad, que no bastan todas las explicaciones a acallar la protesta que sube a los labios de cuantos en circunstancias como las que atraviesa Rusia, se identifican con el común sentir.

Que el pueblo ruso tiene las simpatías de los pueblos de Europa y América que han peñado por su libertad, no hay que esforzarse en demostrarlo; los espatriados rusos lo saben y la solicitud con que se les atiende en todas partes lo demuestra.

¿Qué ha pasado en la capital moscovita para que en breves horas eche el gobierno las tropas a la calle?

Pues ha pasado—según la circular que ese gobierno ha dirigido a los representantes de las cortes de Europa en la capital del Imperio,—que unos trabajadores se creyeron con derecho a aspirar a muchas cosas cuya obtención ya conseguirían otros pueblos, pero no se trata de nada utópico. Dichos trabajadores se empeñaron en ver al soberano para exponerle sus deseos de que se dieran leyes que aseguraran a la masa obrera un mayor bienestar.

Pero ¡ah! que no pusieron en el escrito ni una sola palabra adulatoria, de esas que son tan duchas en decir los palaciegos y ahí surgió el conflicto. ¿Como dejar que aquellos desgraciados melencólicos se atravesaran a pedir una entrevista con tanta sencillez a un hombre que tiene derecho de vida so-

bre ciento treinta millones de seres humanos?

Imposible; tal pretensión no podía dejarse sin castigo; y es claro el gobierno ruso echó el domingo las tropas a la calle y cuando el pueblo obrero quiso ir a la residencia de su soberano, para darle cuenta de sus pretensiones, le soltó a los cosacos, que tras una lluvia de traillazos—porque en esa Rusia se usa aún el látigo infamante—la acribilló a balazos.

Sin duda a los ministros rusos les pesa de un modo formidable en la conciencia lo ocurrido el domingo. No les pesara si no hubieran sido los provocadores de los alborotos; no desesperaran a los peticionarios con humillaciones que ya en ninguna parte se usan y el pueblo ruso hubiera visto en comisión al Czar y le hubiera pedido las mejoras deseadas, como va cualquier comarca de trabajadores europeos a sus respectivos soberanos y le piden sin que éste se ofenda, aquello que aspiran a poseer.

Pero Rusia no es Inglaterra donde los obreros llegan a su rey cuando quieren; ni es Alemania donde no se estorban la realeza y el socialismo, ni es siquiera Turquía a cuya nación obliga el gobierno moscovita a dar reformas que él no quiere conceder a los suyos. La nación rusa es la negación de cuantas afirmaciones políticas y sociológicas forman la enorme labor del siglo pasado. Allí impera un poder personal que se ha estralimitado y al querer explicar los motivos de por qué ha opuesto a la resistencia pasiva del obrero el látigo infamante y el bárbaro fusil, no ha conseguido el objeto que se proponía, sino otro muy distinto: que esa pretensión de los trabajadores le llegar hasta el Czar, puede ser rechazada en tanto que el ejército del taller y la fábrica se aviene a devorar humillaciones; pero cuando con las me-

jillas rojas se deja llevar por los impulsos de la sangre, no es él el humillado ni es probable que de esto se dé ninguna explicación. Un telegrama recibido ayer da cuenta de una resolución del Czar. Este se ha allanado a recibir y hablar con doce obreros para oír lo que quieren.

Decisión tal, tomada a hora primera, hubiera sido de excelentes resultados; pero a última hora, cuando los que acuden a la cita llevan la cara cruzada por el látigo ó han dejado en el hospital al padre a la esposa ó al hijo moribundo...

No; la hora de las concesiones no es la señalada por el Czar. Esa hora es hora sangrienta que no se olvidará en mucho tiempo; una hora apocalíptica; una hora que no llama a las dulturas de la gratitud si no a los engreimientos del orgullo y a los estímulos del odio. De haberse adelantado esa hora, otra hubiese sido la suerte de Rusia.

CANTARES

- I
Si quieres pasar la vida siempre feliz y contento, nada de amor cada mes cinco veces por lo menos.
- II
Quisiera ofrecerte un treno, donde te adoraran reyes y te venerasen todos.
- III
Campanillitas de plata, el cariño que me tienes publicarán por España.
- IV
No vi una cara más blanca que esa crítica de nardo, ni vi nieve que se iguala con la nieve de tus manos.
- V
Las ventanas de tus ojos cuando yo pase se abren y dos angelitos rubios se acunan a saludarme.

VI
Veré al Fiscal de la Audiencia y le diré que tus ojos, están haciendo más daño que veinte facinerosos.

VII
Malas puñalás le peguen á quien cuenta los favores de la mujer que le quiere.
Narciso Diaz de Escovar.

TIJERETAZOS

Anda por ahí un maestro de escuela que tiene el propósito de que todos sus compañeros le firmen una solicitud dirigida al ministro, pidiendo la instalación de un asilo para huérfanos del magisterio.

La idea no es mala. Pero ahora verán ustedes en qué forma va a realizarse el simpático maestro.

Se propone reunir treinta mil firmas y lleva reunidas una sexta parte en una bariedad de tiempo.

Porque las recoge á domicilio y hace el viaje a pié.

Y ahora ochen ustedes esta cuenta por las deudas:

Veinte y cinco mil firmas recogidas á diez por día, hacen dos mil quinientos de éstas, ó sea siete años, al final de los cuales estará la solicitud en condiciones de poderla presentar al ministro.

Después... nada, pueden ustedes contar por seguro que allá para el día del juicio, á la caída de la tarde, tendrán en su asilo los niños huérfanos de los maestros de escuela.

Así, así: ó iniciativas grandes ó no tenerlas.

Días un periódico: «Per orden del ministro de la Gobernación, en el primer tren saldrán con dirección á Alcañices, fuerzas de la guardia civil para restablecer el orden público que se ha alterado por evasión de los censueros.»

¿Qué exagerados son en Alcañices. Alborotarse contra un impuesto como ese, tan suave, tan entretendido, tan fácil de pagar y tan difícil de entender!

La noticia se completa con este retal: «Los amotinados han asaltado las casillas del resguardo, destruyéndolas y quemándolas después.»

Eso se extraña á nadie. Precisamente la quema de casillas de

consumo es un sport para los españoles. En teniendo un diágnostico con la familia, ó con el sereno porque llamó tarde, ya los tienen ustedes encendiéndose á sí mismos y haciendo felatos.

Lamentase un periódico de que el gobierno ruso haya cerrado la puerta á los extranjeros y todo para evitar que se pasasen los de fuera de la grave revolución que sufren dentro.

Y publica después una treintena de diez puchos, todos con noticias de Rusia, que no lo dirás todo pero que dicen mucho.

Esa censura es llevadera, porque esa elencio que hace plaza á tal momento de diez puchos es una algataba que parte los eidos.

Esto hace suponer que ó en San Petersburgo no habrán cenurado, ó que en otra parte no se hacen lo que nosotros: Apurar las colillas.

CAUSAS PERMANENTES del malestar.

Este pueblo—decía de un tiempo—había en hacienda—quieto pagar á la antigüedad y vivir á la moderna.

La antigüedad tiene más amplitud que la que el hacendista de autos le daba.

Este pueblo quiere vivir á la moderna y pensar y trabajar á la antigua.

Eso es lo que no puede ser: Porque pagar á la antigüedad de la modernidad, paga todo el mundo, cuando por la fortuna cobran.

A la moderna, muy á la moderna, pagamos hoy; tanto, que apenas habrá en la Europa civilizada un impuesto que no tenga su traducción en España. No me puede haber modernidad de tal suerte, que pagamos hoy doble de intereses y amortización de deudas, doble de pensiones de clases pasivas y mucho más de ejército y de marina que cuando estábamos los presupuestos con un centavero de millones de déficit.

¡Y tenemos superávit! Pero, en el pensamiento y en el trabajo vivimos casi á la antigua. Sin embargo, las ventajas de la vida moderna, la comodidad, el confort, el lujo, el goce en muchas de sus manifestaciones, son bien deseados y bien estimados por nosotros.

Venimos antes las satisfacciones, que pro-

lla los accidentes del camino, como buscando una distracción á las tristes ideas que les dominaban.

Daniel había tomado la mano á su prima, que esta se retiraba, pero no se atrevían á hablarse ni á mirarse, temerosos de que su desesperación interior se revelase en sus ojos.

Al pasar por delante de un pueblecillo que se desahucaba, con su viejo campariño de pisarras, entre la bruma de la tarde, como á distancia de una media legua del camino, Daniel que lo examinaba con vislumbre interés, exclamó como si hablase consigo mismo:

—Si, sí, me me ha engañado; esa debe ser la aldea de Franchoville, donde reside el ciudadano Leroux.

—¿Quién es ese hombre, Daniel?—preguntó tranquilamente María.

—Un rico comerciante en granos, á quien el año último tuve ocasión de prestar un gran servicio.

En el mes de Mayo, Leroux fué acusado de acaparar el trigo con objeto de producir el hambre en la comarca; acusación que no tenía fundamento alguno, pero que bastó, sin embargo, para sobresaltar los ánimos y provocar un motín.

El populacho se apoderó del infeliz comerciante, le soltó de injurias y de golpes, y le sacó á la calle pa-

ra, pues, indispensable caminar al paso, de manera que la noche se venía encima y aun faltaban algunas leguas para llegar á Chartres, término de la jornada.

En el interior del carruaje reinaba un triste silencio, solamente interrumpido á largos intervalos por algunas frases cambiadas en voz baja.

Las señoras de Mercurille, habían abandonado sus trajes de paisanas perchononas, cuyo diáfano ya no les era necesario, y llevaban vestidos de ciudad, pero tan sencillos, que no podían llamar la atención:

También Daniel había trocado su carmagnola y sombrero de cuarda por un traje oscuro que no era peculiar á ningún partido y cargo público.

La infeliz marquesa juzgaba, en su extravío mental que entraba triunfalmente en las posesiones de Mercurille; el tóxico carruaje le parecía una elegante carrera y tomaba á los gendarmes por sus guardias de honor.

Daniel y María no tenían valor para llevarla la corriente ni para contradecirla, pero exhalaban en sus piro cada vez que la desgraciada loca hacía una demostración en que se revelaba su orgullo aristocrático.

Recía un rato que la madre se había quedado adormecida, y los jóvenes contemplaban por una ventanilla

los dos caballos engañados al vehículo; pero no lanzaban joviales interpelecciones á los transeúntes; ni hacía oír los secos estampidos de la fusta, en que se manifiesta el alegre humor de los hombres de su oficio.

Hasta los gendarmes marchaban silenciosos, atemorándose, sin duda, á las órdenes de su comandante Vassener que caminaba solo delante de ellos con triste ademán y frente sombría.

